

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VI — Santiago, Julio de 1929 — Núm. 55

Mariano Latorre

EL ZAPATERO DE LLALI (1)

(*Conclusión*)

QUEDIA hora después volvíamos a Llali.
—Los franceses deben estar cerca—dijo mi
amigo—si han salido temprano de Santiago.
El camino no es malo para autos.

Esperamos, sin embargo, toda la tarde sin que apa-
reciesen. A las seis llegó un nuevo telegrama en que
desistían del viaje.

Una gran nerviosidad se apoderó de mi amigo. In-
sultó primero a los *gabachos* informales (si hubieran sido
yanquis nada habría sucedido). Quiso, luego, marchar
a Santiago inmediatamente. El doctor le observó que
no había tren a esa hora en el ramal de Melipilla.

(1) La primera parte de esta novela fué publicada en el número anterior.

—De veras, no hay tren—dijo con voz opaca, ausente, desistiendo pasivamente de su idea.

Le interrumpí entonces:

—Aunque no entiendo gran cosa de esto, creo que si demuestras demasiado interés puedes perjudicarte.

—Sí, tienes razón—asintió, recobrando su habitual bonhomía.

Y agregó sobre la marcha, olvidado de todo:

—Iremos a comer a casa del cura. Tiene buen mosto. Nos volveremos temprano a Llali. Si a los franceses les interesa, me avisarán.

Atravesamos una pequeña plazoleta, especie de solar rodeado de acacios rojos, salpicados de cápsulas quemadas por el otoño. La iglesia de ladrillos sin revoque llenaba una de las cuadras. La campana, bajo una casucha de tejas, doblaba a muerto.

—¿Quién se habrá muerto que no sabía nada? Le preguntaremos al cura. Ahí está don Isidoro.

Negreaba la sotana del cura en la casa parroquial. Mi amigo se acercó a él con un exagerado gesto de camaradería. El cura lo esperaba risueñamente:

—¿Cayó un culpeo, don Isidoro?

—Es chilla no más, don Luis.

—¿Quién murió?

—La viejita que vivía con el preceptor.

El fraile designaba humorísticamente en esa forma los entierros de las personas de buena posición o de los pobres aldeanos, o inquilinos de los campos, aludiendo a las dos razas de zorros chilenos, grandes o pequeños, culpeos y chillas, ladrones de corderillos o de gallinas.

Redondo, nombre digno de una novela picaresca, se llamaba el Párroco de Llali. Castellano viejo y soldado carlista, se hizo fraile y emigró. Era sórdido su aspecto: sotana llena de manchas lustrosas; ojos lagrimecidos por el constante fumar de mal tabaco. Hablaba con precipitación, mostrando, por un rictus del labio superior, que acercaba la boca al ojo, los raigones negruz-

cos de su dentadura, de los escasos réditos de la parroquia, de las minas de oro y de los salteadores, que le recordaban los guerrilleros de boina y alpargata.

Durante el yantar, servido por una viejecilla menuda, de pasmosa agilidad, que llevaba aún la manteleta de satín de su aldea castellana, saboreamos un auténtico puchero español: espeso, sustancioso, excesivo. Hubo que disolverlo con repetidos tragos de mosto maulino (ardor de mediodía en su jugo claro) que el cura guardaba dentro de una damajuanita, en un rincón.

Los vapores de la embriaguez transformaban la árida rojez de la tierra costeña, en una California de leyenda o en una Alaska sin nevazones. El oro dormía en algún rincón de la cordillera, lejos de la mirada de los cateadores y de los ambiciosos. Sólo alguna escondida corriente subterránea lamía las aristas del filón y chispas de áureo fulgor corrían entre las arenas, durante las crecidas primaverales. El dedo de Dios señalaría, alguna vez, decía el cura, el camino del tesoro oculto o abriría las entrañas de la tierra para mostrar su valioso corazón. Y no sólo en lavaderos minúsculos, sino en inagotables filones, como dice la leyenda.

Mi amigo lo interrumpió con una afectuosa palmada en el muslo:

—No olvide don Isidoro que el dedo de Dios ha puesto su yema en Llali.

El cura condescendió:

—A eso me refería, don Luis.

Salimos de la casa parroquial, avanzada la noche.

A pesar de mis razones, mi amigo se obstinó en marchar inmediatamente a Llali.

—Tú no sabes que cada cama de aquí es un vivero de pulgas. Cuando se acuesta un extraño se vuelven locas, porque prueban sangre nueva. Además queda algo de luna. ¡Mira!

La luna, trozo de ámbar viejo, goteaba su lividez so-

bre el poblacho; uno de sus cuernos señalaba el tejado anguloso de la casa. Me dejé convencer y ahora no lo deploro.

El *Ñato*, eterno centinela, nos ensilló los caballos con excelente voluntad y él mismo se brindó a acompañarnos durante un trozo de camino. Esta circunstancia iba a jugar, también, un papel importantísimo en su vida y en la vida de aquellos cerros dormidos bajo el sueño amarillo del menguante.

Al salir de Llali e internarnos en el camino del cerro, se fundió el pedazo de ámbar viejo y la noche negra nos miró con su millón de ojos cristalinos.

Mi amigo, perdidamente borracho, me proclamaba el primer escritor de Chile. Su brazo macizo, cálido, apretaba mi espalda y casi me hacía salir de la silla, entrabando la marcha del caballejo.

El *Ñato* se sonreía maliciosamente, con cierto aire de complicidad bonachona. Observaba sus facciones a cada chupada de su cigarrillo que las teñía de un halo de luz rojiza.

Mi amigo había soltado mi brazo y dormitaba, bajo la soñarrera del vino. Sentí, durante algunos minutos, el tranco acompasado de los caballos, los leves chasquidos de los cascos en los pedruscos. La penumbra me fingía obstáculos en cada matojo del camino. Acercárame extrañamente el muro negro de la montaña que subíamos. Ví, de pronto, el lucero, ojo de plateado iris que parecía observar impasible este momento único en que la noche se ahogaba en la primera onda de claridad. Se precisaron un punto los redondeados perfiles de los matorrales. Estallaron, como goterones de luz instantáneamente musicalizados, los primeros trinos de las diucas del alba.

Cambié mi caballo al lado del soldado de Llali. Me interesaba el carácter de este muchachón del sur, quizá con algo de mapuche, que erguía su personalidad frente al medio colectivo de la aldea y del campo, aunque des-

empeñase los menesteres más humildes: limpiar la cuadra, llevar la comida a los presos, cuidar del cuartel cuando los otros soldados andaban en comisión por los caminos.

Había llegado a Santiago en un excedente de conscriptos del sur. Alcanzó hasta el grado de cabo segundo. La jineta despertó su personalidad; soltó su lengua sobre todo. Le dió el dominio de sí mismo. Estos salteadores anónimos de la cordillera de la costa lo obsesionaban. Rompían su concepto del cuatrero de los campos del Sur, arriero hábil e imponderable rastreador. Esperaba encontrarse alguna vez frente al hombre de los chocos.

—Algún día será un año—me dijo para indicarme que la ocasión debía presentarse tarde o temprano.

Doblamos el contrafuerte de un cerro. Como un hábito de la quebrada próxima llegó el aroma denso de las flores de otoño, de las savias acarameladas por el sol. Las estrellas desteñíanse ya en esta marea blanquinosa; era un momento de expectación solemne, en que hasta el vientecillo del alba plegaba sus alas; el momento en que las luces cantan como los pájaros y los olores hablan como las hojas.

Un violento tiroteo partió esta serenidad vitrificada. Los pájaros abandonaron sus nidos precipitadamente. Antes de tiempo, cruzó el vuelo de las tórtolas hacia el otro extremo del valle; un chuncho manifestó su extrañeza, al quedarse solo, con un rápido cho, cho, cho.

—Salteo en el despacho de los gringos—murmuró el *Nato*, sujetando las riendas, con voz sorda, donde había sorpresa y placer al mismo tiempo. Se perdió entre los matorrales, clavando despiadado a su cabalgadura.

A pesar de que el caballo de mi amigo se había detenido al detenerme yo, él no se despertó. Atenaceaba mi corazón un tembloroso sobrecogimiento, en el que luchaban mi curiosidad de novelista y mi temor de recibir alguna bala loca si continuaba avanzando.

Seguía el tiroteo: era un detonar precipitado de ametralladoras que convulsionó el ambiente del alba, propicio a todos los sonidos. Vacilé unos instantes. ¿Para qué había venido a mezclarme en esta tragicómica vida de aldea?

El cuerpo macizo de mi amigo, inconsciente de todo, cómodamente sentado en su silla, confiado en el seguro paso de su yegua, me produjo fastidio y de fastidio fué mi actitud cuando lo sacudí para despertarlo.

—¿Eh? ¿Qué hay?—murmuró.

—Salteo, hombre, ¿no oyes los tiros?—contesté sin soltarlo.

El estrépito de las detonaciones había revolucionado el rincón de montaña. Los pájaros volaban sin control de un árbol a otro: de los cerros al valle, del valle a las quebradas. Oí, sobre mi cabeza, el sordo tropel de una majada que corría entre los matorrales, tronchando los cardos; sólo un buey negro, flaco, miraba impasible, moviendo sus belfos húmedos.

Mi amigo se restregó los ojos; escuchó el ruido de los disparos algunos segundos; me hizo, luego, la misma observación que el *Nato*: |

—Es en el despacho de los gringos. Lo sospechaba. Los turcos esos hablaban demasiado. ¡Baisanito aquí, baisanito allá!...

Habíamos llegado al extremo del contrafuerte. El camino daba una vuelta, siguiendo el contorno del espolón; y el vallecito, donde estaba el despacho de los gringos, aparecería ante nuestros ojos, empapados de alba. Mi amigo detuvo su caballo y me dijo:

—Bajémonos mejor. Amarramos los caballos en esos espinos y subimos por el cerro ¡No se les vaya a ocurrir mirar para el camino!

Dejamos los caballos entre los espinos; trepamos, luego, agazapados, por el cerro, clavándonos en las ortigas. Yerbecillas viscosas se pegaban a nuestras ropas.

El alba se precisaba. Gran mancha perlina el cielo,

donde sólo persistía el lucero como una pupila a punto de fundirse en el sueño. Al llegar a la cumbre, miramos hacia el valle. Arremansábase allí la sombra azulosa: una fila de álamos era una faja de negrura densa; el lecho de blancas arenas del arroyo partía la tierra oscura, removida por el arado. Mis ojos buscaban en vano. Estábamos tendidos sobre el suelo helado. Mi amigo señaló de pronto con el dedo:

—Allí, detrás de los álamos, pegado a la montaña.

—No distingo nada—contesté.

—¿No ves la casa por donde pasamos ayer? El hombre está delante, entre el «varón» y el camino.

Fué la breve llamarada de los disparos lo que primero ví en el claro oscuro; luego, al hombre (triángulo de carbón el poncho) destacado sobre el rectángulo de la casa. Oí, al mismo tiempo, gritos, ladridos, que antes no advertía.

Mi amigo me hizo una observación que yo formulaba mentalmente:

—Produce impresión el tiroteo. Claro que mete miedo al que no está en el secreto. . .

—Pero gasta muchas balas—dije.

—Son cartuchos, seguramente. La táctica es meter miedo para que nadie se acerque.

No se oyeron disparos durante unos minutos. En este intervalo cantó, prodigiosamente claro, un gallo. Su clarinazo mañanero tenía tal serenidad, que el pequeño drama de allá abajo pasó un instante a segundo término. Empecé a sentir frío. y me senté en una piedra. Mi amigo hizo lo mismo. Encendimos cigarrillos. Ví pasar un zorrillo, con su paso meticuloso y suave. Llevaba entre los dientes una tórtola sorprendida en el sueño.

El silencio se hizo profundamente sensible. Una ola de aire que venía de la costa, adquirió tal vitalidad, que casi se hizo corpórea, al sacudir los follajes enva-
rados aún por el hielo nocturno.

Fué en este instante cuando reventó un tiro aislado, distinto a los otros, con una especie de furiosa precipitación. Mi amigo levantó la cabeza sorprendido; luego dijo jocosamente:

—Esa es la carabina vieja del *Ñato*.

Preguntó sobre la marcha:

—¿Y qué se hizo?

—Apenas oyó el tiroteo—le respondí—dijo lo mismo que tú: ¡Salteo en el despacho de los gringos! y se encaramó a caballo en el cerro.

—Se ha salido con la suya el paco si le pegó al bandido. Si no, le va a ir mal.

—¿Por qué?

—Porque a los salteadores los protege toda la comarca. ¿No te has dado cuenta? Se atreven a hacer lo que harían todos los campesinos, si pudiesen. Vivir a expensas de los ricos, que les han comprado sus pequeños predios para hacer grandes fundos. Los consideran ladrones de la tierra.

—Dios hace crecer el pasto para todos, dicen los mapuches—le observé—, cuando echan los animales a los potreros ajenos.

—Y estos son changos, primos hermanos de aquéllos.

El silencio que sobrevino al disparo era extraño. Mi amigo se incorporó. Yo hice lo mismo.

—Algo ha sucedido en la casa. O el *Ñato* ha herido a alguien o se escapan con el dinero—dijo.

Al descender al camino, vimos abrirse las hojas de la puerta del despacho con estrépito. Aparecieron dos hombres con ponchos y pañuelos negros en la cara. Llevaban en la mano sus carabinas recortadas, semejantes a trabucos.

—Escóndete detrás de ese molle—dijo mi amigo—. No nos hayan visto y larguen un tiro para acá.

Observé los movimientos de los asaltantes; eran ágiles, matemáticos, con algo de los felinos en acecho. Se inclinaron sobre el suelo, ocultándose un segundo a

nuestras miradas; se irguieron y desaparecieron velozmente en el interior.

Mi amigo murmuró:

—El *Nato* le dió al jefe y no han podido llevárselo. Deben creer que los rodean los carabineros.

Avanzamos, pegados a las zarzamoras que separaban el camino, de los potreros en barbecho. Aquí fué donde oí por primera vez esta palabra que se grabó en mi memoria para siempre. Era, sin embargo, una palabra vulgar que evocaba, a lo sumo, la personalidad anónima de un inquilino de fundo; pero en este instante y en ese lugar parecía un grito de guerra o un santo y seña de combate. *José* repetía una voz apremiante, de timbre varonil; *José*, resonaba una voz lejana. Tumulto de voces que se entrecruzaban y se iban perdiendo visiblemente, hacia el cerro frontero cuyo negro perfil se decoraba, ahora, con un ribete de oro luminoso.

En algunos segundos nos encontramos frente a la descascarada pared de la casa. En el suelo polvoriento, entre el varón y la puerta, estaba tendido el bandolero, recogido dentro del poncho, como el que duerme una borrachera. Por el borde del halda corría un hilillo de sangre. Una tumultuosa respiración agitaba el macizo cuerpo. En la cabeza veíase el nudo del pañuelo oscuro que le servía de antifaz. Al acercarnos, las piernas se estiraron coléricas como para impedir que lo reconociéramos. En un esfuerzo doloroso del cuerpo, se dió vuelta en sentido contrario. Al desplazarse, se vió una poza de sangre negra, salpicada de grumos de polvo.

—La bala le dió en el costado—dijo mi amigo.

—No se le puede tocar don Luis—se alzó la voz autoritaria del *Nato* desde el umbral.

Tenía en la mano su carabina. La vanidosa satisfacción que se exteriorizaba en sus gestos y actitudes, no cabía ya en su pardeante poncho, cuyas puntas había doblado sobre los hombros, dejando ver el desteñido dolmán azul.

Urrutia cambió conmigo una mirada y se acercó al herido.

El *Ñato* adelantó unos pasos y se interpuso entre el bandido y nosotros.

—No se le puede tocar hasta que lleguen las autoridades.

Su personalidad disciplinada, su respeto al orden establecido, aparecían en este momento con petulante relieve. La casualidad lo puso frente al bandido y su astucia avizora, no contagiada por la fe popular, había vencido. Este era un momento y no lo desperdiciaba.

—La ley dice que sólo la autoridad puede tocarlo— insistió.

—Pero aún está vivo y hay que prestarle auxilio— dijo mi amigo con tono irritado.

—Voy a Llali de un galope, condescendió el *Ñato*— y tornó hacia el almacén en busca de su caballo.

En la puerta se volvió de nuevo y exclamó en voz alta:

—En el sur se les da el golpe de gracia y así sufren menos. ¡Y pensar que con otra carabina pillo a los demás!

Lo observamos risueño un instante. En aquella facha desastrada, en las botas cubiertas de barro rojizo, en el desfrisado poncho había, sin duda, una fuerza latente. Sin que él lo sospechase, representaba la autoridad, la ley, en aquel instante: y debió haber en sus palabras seguro convencimiento, porque mi amigo no se acercó al herido. Me convidó con un gesto, a penetrar al almacén.

Los concesionarios eran dos sirios: un viejo que, golpeado y maniatado, quejábase en su camastro. Ví su cara oscura, envuelta en un pañuelo. El otro, un jovenzuelo flaco, de grandes ojos bobalicones, lamentábase ante la ruina de su negocio, en una jerigonza prodigiosamente cómica.

Apenas reconoció a mi amigo, se echó sobre él con

una precipitación de náufrago que ve una esperanza. Observé su cara, sangrante de crueles arañazos.

—Billos, sinvergüenza... mira... robaron la plata de la guincena. Rombieron la botella... billo, sinvergüenza... baisanos sin consideración.

Los tarros de conservas, las botellas vaciadas allí mismo por los asaltantes, habían volado de las estanterías al suelo. Los panes de azúcar manchaban el piso de ladrillos con sus albos rectangulitos: un ejército de hormigas desplegaba sus filas a la conquista del inesperado botín.

El sirio daba una tregua a su desesperación; su voz era de amenaza:

—Billo, sinvergüenza. Diéjalo no más... ya lo billarán los garabineros... el bandido es José... no sé qué José... José Pavez o José González, de Perquenco.

Era imposible dejar de reírse. El sirio oyó el *grito de asalto*, especie de lazo que los unía en el desorden de la pelea, y lo tomaba por el nombre auténtico de alguno de los bandidos.

Mi amigo logró calmarlo:

—Oye, el jefe está muerto, ahí fuera.

Se oyó la voz del otro sirio que llamaba en árabe:

—Tahaf, José, Haly Adam.

—Bríjada, ta llama Salomón.

Al ver el cuerpo del bandido, un trágico asombro inmovilizó su cara; luego la esperanza lo trajo a la realidad; y sin que nadie pudiera impedirselo, precipitóse sobrea el gonizante y arrancó violentamente el pañizuelo negro que lo cubría. El brusco tirón hizo elevarse la cabeza unos centímetros para golpear el suelo en seguida. La boca arrojó una espuma sanguinolenta.

Reconocimos estupefactos la cara ancha del maestro Hilario, desangrada, sin pelo de barba esta vez. Mi amigo levantó al sirio que ya hurgaba los bolsillos del agonizante:

—Yo le decía: bágala después Hilario: bágalo dis-

pués...billo casiero... Y yo a la Brígida la daba veinte besos.

—Hay que esperar, amigo, que lleguen las autoridades para allanarlo—decía Urrutia que, sin darse cuenta, imitaba al *Nato*. Era éste otro de los rasgos de su carácter.

Miraba el rostro sólido, de anchas narices, del zapatero de Llali, al que la falta de sangre daba un blanco de yeso fresco. Era, sin duda, un bello ejemplar de macho, de vitalidad magnífica, biznieto o chozno quizá de algún aventurero que paseó por aquellas montañas su coraza veterana y la cruz de su espadón de Toledo. ¿Qué culpa tenía su descendiente si en su sangre fermentaba después de siglos, el deseo de justicia, el afán de lucro o simplemente la fiebre de aventuras?

Un chispeo de vida filtrábase aún entre los párpados, semi-cerrados al contacto de la luz que bañaba crudamente la escena.

—Mi blata, baisano, mi blata. ¿Dunde está mi blata, baisano?—debatíase el sirio entre los brazos de mi amigo.

Sólo entonces puse atención en la muchedumbre que, medrosamente, se alineaba en torno al salteador. ¿Cómo había llegado hasta allí aquella gente? Me pareció que brotaba de los setos de zarzamora, de entre el seco varillaje de los cardos, de los rastrojos amarillentos. Algunas viejas, sobre los hombros desteñidos rebozos, habían pasado el varón y, silenciosas, presenciaban la agonía del herido. Chiquillos sucios, apenas vestidos, pegábanse a sus faldas. Apoyados en el varón, sin atreverse a traspasarlo, dos campesinos de cara muerta, chupalla en mano, miraban sin moverse; tenían algo de árboles viejos, de caballejos cansados. Un hombre joven, tal vez un minero, observaba torvamente, encendidos los ojos, con expresión de desafío.

Se oyeron voces en el camino. Las miradas se dirigieron hacia el blanco remolino de polvo que se ele-

vaba por encima del muro de oro de la alameda. Un grupo de caballos y de ponchos desembocó en el extremo: el cura, el juez, el comandante, el boticario; el *Nato* y los dos policías de Llali; más atrás, algunos vecinos: el matancero, el preceptor, el oficial civil.

El cura se bajó el primero. Viéronse sus raídos pantalones. Púsose sobre la marcha unas estolas mugrientas alrededor del cuello. Preguntó tranquilamente a una vieja.

—¿Todavía respira?

—Ta en las boquías—dijo la vieja.

—Tiene los ojos entelados—notició otra un poco más lejos.

El cura tomó posesión del cuerpo con cierta precipitación avara. Apartaba con su mano, rayada de venas duras, a sus rústicos feligreses. Expulsó por unos instantes latines entre sus disparejos raigones. Se inclinó para untar con óleo sagrado, de una bolsita que le pasó el *Nato*, los sentidos del moribundo. Su cara, después de efectuado este acto, tomó una expresión solemne; su gesto habitual de juntar la comisura del labio con el ojo desapareció; el dedo, manchado de tabaco, señaló el cielo, vibrante de trinos y de luz.

—Arrepiéntete, hijo, de tus pecados. Piensa en la otra vida... Allá arriba...

El dedo se removió amenazador, con enérgico convencimiento.

La boca del agonizante dejó escapar un ronco estertor como si hubiese oído la voz del sacerdote. Las gruesas botas parecieron clavar en la tierra sus tacos embarrados, en un súbito recogimiento de los músculos.

El cura abandonó sobre la marcha su actitud profesional, como si dentro de él se parase un resorte. Se inclinó sobre la cara y dijo, dando en ella un golpecito:

—Pobrecito, está como cebolla.

La muchedumbre se atropelló ansiosa alrededor del cuerpo. El *Nato* quiso detenerla con la culata de su

carabina; pero los campesinos estaban sobreexcitados. Se oyeron voces de amenaza.

Una vieja chilló agresiva:

—A naide ha matado nunca, con el favor de Dios, pa que no lo velen como cristiano.

El muchachón de mirada torva gritó, avanzando unos pasos:

—Y el paco lo mató por l'espalda.

Prodújose un silencio después de estas palabras: una voz clamó como en una letanía:

—Nunca le faltó un pan pa'l necesitado. . .

El *Ñato* avanzó, entonces, con su vieja carabina. Iba a producirse un choque, cuando mi amigo intervino:

—Don Juan, según la ley es preciso allanar al muerto.

El *Ñato* se apaciguó instantáneamente al oír el nombre de la ley. Volvía con gusto a lo normal y solícito adelantó un dato para el proceso:

—Los chocos se los llevaron los bandidos, antes que yo llegase al despacho.

El cadáver fué sentado en el suelo. El blancor de la cara partíase en una especie de carcajada fría, inmóvil, cuyo eco no llegase nunca a nuestros oídos; veíanse el paladar y las dos filas de poderosos dientes, de blancura perfecta.

El *Ñato* intentó, en un cómico deseo de jugar el papel preponderante, sacarle el poncho, pero una vieja se interpuso y la muchedumbre avanzó un paso decidida. Mineros y arriadores de lejanos rincones de la cordillera habían acrecentado su número poco a poco.

La misma vieja se apresuró a cerrar las mandíbulas del muerto, con sus manos sarmentosas; forcejeó sin poderlo conseguir. Ideó amarrarlas con el mismo pañuelo del bandido. Oyóse un áspero chirrido de fibras desgarradas. Quitósele el poncho, en seguida; blanqueó una chaqueta de brin, recién lavada. El rosetón de sangre vertida aparecía violentamente en el costado. Una muchacha morena espantaba, entretanto, con el

halda de su rebozo, el zumbador revoloteo de las moscas en torno al cadáver.

En el bolsillo se hallaron madejas de hilas; un frasco de yodo; algodón; un montón de cartuchos y de balas.

El boticario murmuró al oído del Juez: campesino típico (triangulito negro, barba y bigotes unidos bajo la nariz):

—Ahora me explico las compras del mestro Hilario.

—Y yo—dijo el otro, que tenía un despacho en el pueblo.

El sirio, que corría tras la fila de viejas, se coló a un descuido, clamando con su voz geremiaca:

—Mi blata... mi blata... en los bolsillos del casiero Hilario está la blata de la guincena.

Nadie le hizo caso. Un hombre lo empujó sin consideración fuera del grupo.

El cura insinuó la idea de lavarle la herida. Se le desnudó. Apareció el cuerpo blanco, sombreado de vello. Una capa de escapularios y de medallas parecían adheridas a la piel, mediante jugos pringosos, como si formasen parte de ella misma.

Se produjo un silencio en el que palpitaba un fervor casi religioso. Algunos se sacaron sus sombreros. Insinuóse un murmullo con algo de rezo entrecortado.

En los ojos lagrimecidos del viejo guerrillero carlista pintábase un misericordioso respeto. Mejor que nadie debía comprender esta fe primitiva de los montañeses chilenos que encarnaban en el bandolero sus rencores y su ansia de justicia, ya que nadie los defendió ni los defendería nunca. Los escapularios y medallas que se apelotonaban en la sucia piel protegían el alma de ese hombre que, con un pañuelo en la cara, asaltaba los despachos y destrozaba las cuentas, aguijoneado por un oscuro instinto de revancha. En ese choco de bandido, cuajado de balas, había algo del látigo bíblico.

El cadáver fué vestido de nuevo. Un flaquísimo caballejo de cerros estaba listo para llevarlo a Llali. Se le amarró en la montura. Era una rara impresión la que producía con las mandíbulas atadas por el negro pañuelo y la cabeza abultada donde se erizaban greñas rojizas. Alguien advirtió esta falla del tocado, y un sombrero, un anónimo sombrero de la campiña, agujereado y cubierto de manchas, fué metido en la cabeza por la fuerza. Había dado unos pasos el jamelgo, cuando una mujer flaca, envuelta a medias en el manto raído, gris de polvo, se introdujo entre las viejas y los ponchos.

—La mujer del maestro Hilario—dijo alguien.

Sus brazos delgados, lustrosos, se aferraron como garfios a una pierna del muerto. Los mechones tiesos, espolvoreados de tierra, bailaban sobre la frente; el delirio encendía sus ojos penetrantes:

—¡Pobrecito! ¡Qué les habís hecho pa que te maten como a un perro! ¡Y era tan bueno, tan mano abierta! ¡A naide le negaba un favor! La comaire Rosa comía en la casa y sus niños, cuando murió el difunto José.

Paseó sus ojos un instante por el grupo solemnemente callado de los campesinos y lloriqueó con una voz aguda y desgarrante:

—¡Y dejas a tu pobre mujer desampará, y a tus chiquillos y a los de la comaire!

Sintiéronse sollozos histéricos entre las mujeres. El cura consiguió desprenderla de la pierna del cadáver.

Iba a ponerse en marcha el extraño cortejo, cuando el *Nato*, elevando la voz con energía, dejó caer estas palabras que resonaron implacables:

—La ley ordena que debe llevarse al occiso a Melipilla, para el examen médico. Que lo diga don Juan.

Sordamente levantóse el tumulto de voces irritadas. Las filas se apretaron en torno del caballejo, cuyas riendas sujetaba alguien.

Erguía-se, semejante a un ídolo tosco, sobre las ca-

bezas oscuras el busto del zapatero, con su pañuelo atado y la blanca inmovilidad de su rostro, coronado de un halo luminoso de moscas.

—¡Qué le van a hacer, mi Dios!—gimió agudamente la mujer del maestro Hilario.

La masa compacta de ponchos y de rebozos pareció expeler, de pronto al *Nato* hacia afuera, desgarrado el poncho, sin carabina y sin quepis: era cómico su aspecto. El odio, más que el temor, fulgía en sus ojos de raposa.

La voz colérica de mi amigo ahogó su gesto de protesta:

—Déjalo que lo lleven, imbécil.

El cadáver avanzó por entre las cabezas que ondulaban como los borbotones de una negra inundación.

El silencio, falto de sonidos extraños, espesábase alrededor. Se oyeron entrecortados, bulliciosos, los grititos de los llalis y diucas en los molles y espinos; los vilanos, esclavos del viento, volaban alocados en todas direcciones, ya lentos, como si la tierra los atrajese, ya veloces, como si escapasen a un peligro. Una luz quemada, enrojecida, tostaba el cielo de otoño como la pulpa de una inmensa fruta.

Subieron a caballo las autoridades de Llali: el cura, el juez, el comandante, el boticario; los dos policías; más atrás: el matancero, el preceptor, el Oficial Civil.

Ví al *Nato* recoger su carabina, arreglar los desperfectos de su poncho y de su quepís, aplastado por los pies de la muchedumbre. Subió despaciosamente a caballo. Tornaba a caracterizarlo su expresión de atisbona malicia y de seguro dominio de sí mismo.

Mi amigo y yo nos miramos y sonreímos. Habíamos coincidido en nuestros juicios, sin cambiar palabra. Era el *Nato* el único que representaba allí al capitalista, al propietario. Sentíase una prolongación del señor, frente a aquellos mezquinos montañeses que trastor-

naban el concepto de autoridad que, a golpes, le habían metido en el cuartel.

Algunos minutos después, estábamos completamente solos en el campo, frente a la casa asaltada. Veíase, en el suelo, a través de un torbellino de moscas, el manchón negro de la sangre.

Permanecimos largo rato sin hablar. Yo miraba cómo el viento, a cada intentona, deshollejava los álamos, alfombrando de oro claro la carretera oscura:

Mi amigo rompió el silencio:

—Vamos en busca de los pingos.

Había olvidado los caballos. En el camino tropezamos con el sirio que siguió la caravana, obsesionado por su dinero. Era lamentable su aspecto y el desaliento febril que se pintaba en sus rasguños bañados de sudor. Apenas nos vió, acercóse moviendo los brazos.

—¿Dunde está mi blata? Loco me volveré, baisano... loco.

Se aferró al brazo de mi amigo desesperadamente; pero éste lo hizo soltarse con un brusco empujón.

—No piense en el dinero, baisano—le dijo humorísticamente—. Hay que pagar el impuesto. En Chile no se pagan impuestos.

Se alejó sin replicar hasta el despacho, mascullando frases incoherentes, vagas amenazas a José. Parecía resignado a todo. Su única protesta era ese monólogo entrecortado, mitad árabe mitad castellano, que hacía levantar el vuelo de los zorzales y tencas posadas en los espinos y en los molles.

—El turco pierde—dijo mi amigo, observando la marcha vacilante del mercader—por el momento; pero el rico no le perdonará el arriendo del despacho. Hay que pagar el auto y los trajes de la querida.

Tuvimos que ascender la montaña de nuevo. Aún estaban las huellas de nuestros zapatos en el terreno gredoso, humedecido por el alba. Hacía calor; sentía el cosquilleo de la piel sudada y el peso cálido del pon-

cho. La cara roja de mi amigo parecía que iba a estallar. Se detuvo, al cabo de algunos minutos, jadeante. Miraba con fijeza hacia el otro extremo del cerro:

—Allá van—me dijo.

Señaló una nubecilla de polvo que parecía estar detenida a media falda. Los aldeanos no se veían, ocultos por la escarpa. Sentóse en la tierra; limpióse el sudor con su pañuelo y me preguntó.

—¿No oíste cuando el turco dijo que le pagaba veinte pesos a la Brígida?

—No me fijé—repuse.

—La Brígida, ahora me acuerdo, es una chinita flaca que vive en la casa del maestro Hilario. Es hija de la viuda de Pedro Lillo. Ella ha dado la noticia del dinero para el pago de los trabajadores del fundo. Si el maestro Hilario no muere, la dejan amarrada para alejar sospechas. Como el paco mató al bandido, se fué con los demás. Dentro de algunos días aparece en Llali. Ya verás.

Se oyó un momento su respiración de hombre obeso. De pronto lanzó una carcajada, según sus costumbre; y según su costumbre, explicó su actitud:

—¿No te fijaste que el maestro Hilario se afeitó para el asalto?

Recordé el colgajo de pelos rojizos que rodeaba el cuello del zapatero el día que pasamos por la aldea.

—Sí, en efecto,

—Como para ir a una fiesta de etiqueta. ¿Qué te parece? ¡Y el *Nato*! ¿No observaste? ¡Qué superioridad sobre los aldeanos! ¿No crees que es de la misma pasta del maestro Hilario, pero al revés?

Encontré exacta la observación y le dije:

—Muy cierto. Oí decir en el sur que los *trizanos* se formaron con los mismos bandidos que se sometían.

Se puso de pie; y estiró los brazos con energía.

—¿Sabes que tengo sueño? El vino del cura me ha descompuesto el cuerpo.

Sacábase, minucioso, los cadillos erizados de los amores secos, adheridos a su ropa; luego miró a su alrededor:

—¿Y dónde están los mancos?

—Creo que tenemos que bajar ahora hacia la derecha—observé.

Me miró risueño y dijo:

—Para un poeta no está mal.

—Hombre, algo he vagabundeado por mi tierra chilena—repliqué.

Bajamos de nuevo hacia el camino. Veíanse los cardos tronchados por nuestra ascensión precipitada del alba. Allí, la verde ramazón de los espinos, opacos por el hielo otoñal; y detrás, el anca angulosa de mi caballo y la cabeza negra de su yegua sobre el anca.

Montamos abajo, en la carretera. Decidimos volver a la aldea. La mina toda asistiría al velorio del bandido, a la cazuela, al gloriado que, según el rito, es indispensable. Sería interesante presenciar la ceremonia y oír los comentarios de los montañeses.

—Ya verás—me observó, restregándose los ojos—si vuelves alguna vez por estos campos, cómo las viejas arreglarán un cobijo a la orilla del camino; y encenderán velas a su alrededor. En algún tiempo todos los que pasen dejarán monedas junto a las velas y pedirán al alma del muerto que intervenga por ellos ante Dios.

—¿Sabes que además de sueño tengo hambre?—agregó después de un rato, completamente olvidado de maestro Hilario—. ¿Galopamos?

Pusimos los caballos al galope. Evoqué, en mis largas caminatas por las carreteras de Chile, estas velas chorreadas de su propia esperma, cuyas lengüecitas temblonas palidecen en la claridad de los días, bajo un minúsculo cobertizo o llamean, en el crespón de las noches, junto a un recodo del camino. Ahí está nuestro pueblo, cuya alma elemental se ahoga en la noche tenebrosa del indio y en la fe oscura heredada de los conquistadores.